683-1



EL ASESINATO DEL SENADOR GUZMAN

VIOLENCIA: ESA VIEJA CONOCIDA

La acción que costó la vida al líder de la UDI desafía a la democracia, revela debilidades de la transición y, por sobre todo, pone a prueba la autenticidad de los demócratas.

683-2



El atentado contra Jaime Guzmán, por decirlo de alguna forma, protocolizó la amenaza terrorista.

Fue como un juego de resortes alineados.

Las mismas balas que hirieron de muerte a Jaime Guzmán, hicieron blanco en múltiples percutores que detonaron problemas no resueltos, temores latentes, amenazas sombrías y desafíos acuciantes.

Esta sociedad, bien se sabe, aún permanece prisionera de fantasmas que a ratos parecen diluirse, pero cuando se traspasan pequeños límites de verdad, demuestran estar muy vivos.

La violencia ha sido compañera ineludible en nuestra historia de los últimos años. Como una pesadilla recurrente ella se enseñoreó de la vida nacional imponiendo su brutal peso intimidatorio. Y ahora, cuando la lógica de la política democrática intenta copar el sistema de relaciones e instalarse como el ámbito natural de convivencia, ella aparece dibujando un mapa de conflictividad indeseado por la gran mayoría.

El asesinato del senador de la UDI, aparte de las naturales condenas que un acto de ese carácter siempre supone, ha puesto sobre la mesa un tema sobre el cual se hablaba, se teorizaba, se especulaba y que, ahora, se levanta como el número uno de la preocupación nacional: el terrorismo.

Esa es la primera consecuencia directa del hecho. Y no es que sea la primera víctima. Ocurre que la investidura y, también hay que considerarlo, la posición política de Guzmán, sacaron el tema de lo «normal». Aunque resulte dramático y brutal decirlo, la carga de violencia acumulada y la realidad del pasado reciente, hicieron más «digerible» socialmente un tipo de asesinato que otro. El senador Guzmán es el primer personero de gran nivel de la derecha política que es objeto de una acción terrorista que consigue su objetivo, y eso era algo desusado para nuestra cotidianeidad. El terrorismo de estado que Chile conoció se hizo parte de la realidad misa, y el terrorismo extremista apuntó a blancos básicamente uniformados o ligados directamente a los organismos represivos. Con esta acción la vulnerabilidad amplía su radio y, con ello, el temor se extiende y la sensación de ser una sociedad agredida se hace más consciente.

El atentado contra Jaime Guzmán, por decirlo de alguna forma, protocolizó la amenaza y por eso la instaló en el punto uno de la agenda colectiva.

INSEGURIDAD CIUDADANA

La encuestas de los últimos meses demuestran que la más constante y ascendente preocupación ciudadana era la seguridad. Tanto por el lado de la violencia política, como por la delincuencia.

Esta área constituye, ciertamente, uno de los puntos más débiles del gobierno. La endémica precariedad presupuestaria de los organismos policiales que, como lo reconocen sus jefes, se deterioró especialmente en los últimos quince años, más las carencias naturales que supone el traspaso desde la dictadura al sistema democrático, han abierto una espacio aún mas ancho a la acción delictual y violentista. Ahora, el gobierno a tomado cartas en el asunto y otorgado remesas económicas especiales y de un volumen importante. Eso debería significar un mejoramiento importante de los servicios policiales. Pero, y bien se sabe, los resultados no son inmediatos. A juicio de muchos analistas, la reacción del gobierno fue lenta y parsimoniosa. Sin duda que a ella conspiraron desconfianzas mutuas y recelos entendibles por la compleja situación política. Sin embargo, no puede negarse que pasó un tiempo bastante prolongado y las iniciativas quedaban enredadas en la burocracia estatal.

El punto más delicado, en todo caso, es el relativo a la Inteligencia. Cualquier sociedad moderna requiere de ese complicado trabajo que, normalmente, transcurre por límites muy finos entre la protección legítima de la institucionalidad y el estado de derecho y la franca «guerra sucia», cuyas características tan bien conoce este país. El Presidente de la República pidió colaboración a las FF.AA. para qué, sólo en el terreno de la información, colaboren en esta tarea. Y el margen de la información es inamovible para el gobierno. Este no puede, ni quiere, ceder ni un paso más en el terreno de la Inteligencia.

683-3

De eso trató la intespectiva reunión del presidente Aylwin con el general Pinochet la semana que pasó. Este último pidió el encuentro intentando con ello ganar espacios y avanzar en la acción anti-subversiva con más protagonismo del Ejército. Sin embargo, se topó con la sólida negativa presidencial. El resultado: colaboración sí, bienvenida y necesaria, pero sólo y exclusivamente en el terreno de la información. En fuentes policiales existía incredulidad de que el Ejército se allane a esa fórmula de trabajo y, más bien, pensaban que tal «ayuda» sería esporádica y formal.

Todos estos temas, normalmente callados o sordos, han irrumpido a las primeras páginas como consecuencia del asesinato del senador Guzmán. Pero las anteriores no son las únicas. También ha significado poner en un plano secundario el tema de las violaciones a los derechos humanos y, concretamente, el Informe Rettig. Sin duda que la fuerza de la denuncia que reveló buena parte de lo ocurrido en el Chile oculto de la dictadura, se relativiza ante la imagen pública. Cobran más legitimidad los intentos de justificación de las atrocidades ocurridas y provoca una simbiosis fatal entre derechos humanos y terrorismo. De alguna manera esa ligazón, que por años y años intentó patentizar la dictadura, encuentra una base argumental-emocional privilegiada en este crimen.

Según personeros ligados a las organizaciones de derechos humanos y estudiosos del tema, es necesario que se realice un doble esfuerzo: desligar a las organismos de defensa de los derechos humanos de los grupos que continúan legitimando las acciones violentas, e impedir que se abandone la necesidad de hacer justicia y reparar a las víctimas de las violaciones cometidas durante la dictadura. Esa es la única manera de romper el círculo vicioso. Que no exista el argumento de «como no hay interés por hacer justicia o reparar no queda más que la venganza». Y que nadie puede, aunque sea maliciosamente, sostener que «los derechos humanos es sólo para proteger a los terroristas».

En definitiva, se está en presencia de un desafío multisistémico: la democracia no puede quedar atrapada entre la incapacidad de contener el terrorismo y la impotencia por denunciar y reparar los crimenes de la dictadura. Y los que se asumen demócratas tiene la obligación, ineludible e indelegable, de demostrarlo exactamente ahora. ●

FELIPE POZO

